# Resumen de la Semana

Usualmente …

solo flotan cuerpos a esta hora.

Resumen Porteño-Luis Alberto Spinetta

Ayer escuché en un noticiero que un tipo declaraba haber estado muerto nueve minutos según lo que le habían dicho los médicos. Yo he llevado muerto una semana pero quizá al terminar de escribir esta historia pueda volver a la vida.

Hace poco más de un año encontramos un perro abandonado. Era muy pequeño. Cabía en la palma de una mano. Estaba vagando junto a una jauría de perros flacos en una calle polvorienta entre viñas y dunas de arena. No había comido mucho en días a juzgar por sus costillas. Quizá algunas uvas podridas que tuvo que disputarse con sus compañeros. En cuanto lo tuve en mis brazos me dio un tierno lengüetazo como dándome su aprobación a que yo lo adoptara en mi familia. Era la época más fría del año. El feriado del 25 de mayo nos había dado la oportunidad de conocernos.

Lo llevamos a casa en mi auto y enseguida se durmió en la falda de mi esposa. En casa le dimos algo de leche tibia y un poco del alimento del gato hasta tanto le compráramos su propia comida y consultáramos a un veterinario. Lo colocamos en una casita de perro que ya teníamos en casa, con un montón de trapos, lo encerramos en la lavandería donde recibía además algo del calor del calefón encendido. Para que pasara la noche y no se escapara le cerramos la puerta y lo dejamos dormir. Pensé que iba a llorar todo el tiempo como cualquier cachorrito en su primer noche lejos de su madre pero asombrosamente estuvo en silencio hasta el amanecer. Al despertarme le dije a mi esposa:

-No ha llorado en toda la noche. No se habrá muerto?-

Corrimos a la lavandería a abrir la puerta con los primeros tibios rayos de sol y entonces salió victorioso y contento de haber conseguido por fin un buen hogar.

Estábamos felices de haberlo salvado del hambre y del frío. Yo, estaba feliz.

Lo bautizamos Lío, en homenaje a Messi, y porque entendíamos ya que sería toda una revolución en casa.

Lío era una bolsa de nervios, de ímpetu, de vida. Cada cosa que se movía lo estimulaba a jugar, saltar, mordisquear y ladrar. Si uno lo miraba directo a los ojos él lo detectaba instantáneamente de tan sensible que era al contacto humano. No entendía en absoluto de retos y advertencias. No relacionaba un castigo y gesto severo con los terribles desastres que solía ocasionar en la ropa colgada, en algún par de zapatillas olvidadas y dejadas a su alcance, en las plantas. Le gustaba jugar con pelotas de tenis viejas y con un muñeco amarillo con forma de oso que mi hija le regaló. Salir al patio a veces se hacía dificultoso ya que insistía en ponerse en dos patas y saltar alrededor. Solo quería jugar. Todo el tiempo era un juego para él.

Comencé a entender el secreto que escondía ese perro. Era una masa de afecto. Un montoncito de amor con cuatro patas. Cuando me veía llegar del trabajo era tal su emoción desaforada que se me hacía imposible no corresponderle con, aunque más no sea, unas cuantas caricias y palmaditas para recompensarlo.

Para que durmiera abrigado en su casita de perros, yo le proveía continuamente de viejos trapos y suéteres. Durante el día, Lío se dedicaba a llevarlos a cada lugar del patio donde le daba la gana echarse. Era conmovedor verlo dormir una siesta tendido sobre mi viejo buzo naranja en un extremo del patio donde aún el sol del invierno calentaba los pastos casi secos del jardín.

Aprendí a sacarlo a pasear con un collar y una correíta azul, pero era tanta su vitalidad y su brío que era razonable soltarlo un rato en los espacios verdes y jardines para que desplegara toda su energía.

Se encontró con otros perros del barrio y quiso jugar con cada uno de ellos, de todas las edades, la mayoría adultos y malhumorados, las menos de las veces con otros cachorros como él que entendían el juego. Su juego favorito era correr, correr y ladrarles si se rehusaban a correr. Una vez que había jugado y corrido al menos una hora cada mañana podíamos regresar y ya calmado se quedaba en el patio bebiendo abundante agua.

[Una de las cosas que más me asombraban de la compañía de este animalito es la capacidad de dar afecto que tienen aún hacia un ser de otra especie. Esto yo ya lo he sabido antes. He tenido perros cuando era niño, pero ahora que soy grande lo siento de una manera diferente porque entiendo lo difícil que se le hace los seres humanos demostrar cariño.]

Fue al cabo de un año repleto de experiencias juntos cuando sucedió la tragedia. Una mañana como tantas lo saqué a pasear. Se acercó un perro grande y lo asustó. Salió corriendo y cruzó la calle sin darme la oportunidad de detenerlo. Creo que grité su nombre, pero estaba casi a una cuadra y nunca debe haberme escuchado. Un auto lo golpeó, no tan fuertemente, pero de una manera tal que debió detener su corazoncito brioso para siempre. Me arrojé a levantarlo y traté de auxiliarlo pero enseguida entendí por su mirada que se estaba despidiendo. Ya no respiraba ni se quejaba. Lo dejé en el piso y me arrojé a llorar sobre él. Lo cubrí con mi cuerpo grandote. Le dije, nos veríamos allá arriba, amigo. Sabía que esto iba a ser doloroso para mí pero quizá lo sería más para mi familia. Entendí que no podía regresar con su cuerpo a casa y dejar que lo vieran los niños. Fui a buscar mi auto y las mantitas que usaba para dormir. Lo envolví y lo subí al baúl. Me puse en marcha y tomé la ruta hacia el este. Iba llorando y hablando con él como si pudiera escucharme. No podía entender que unos minutos atrás mi vida era una tranquila y feliz que en un solo imprevisto momento todo se trastocara a infierno y dolor.

Anduve casi dos horas buscando el lugar más conveniente para enterrarlo. No quería un basural. No quería un lugar muy poblado y que me viera gente que me hiciera preguntas. Quería un lugar lejano y perdido en el medio del desierto.

Avisté una calle de tierra que se topaba con la autopista y que se internaba entre unas despobladas viñas y rodeadas de frondosos árboles. Ingresé lentamente en el callejón buscando no ser visto. En la puerta de una de las pocas casas del lugar advertí la presencia de dos niños que me miraron pasar.

Llegué a un lugar más desolado. Detuve el auto y me bajé. Abrí el baúl. Extraje el cuerpo del perro tapado con las mantas y lo llevé hasta una zanja ya abierta en el lugar. Lo dejé semi oculto por unos yuyos pero no intenté taparlo con tierra. Le di una última mirada a Lío. Estaba blandito. Aún tibio. Acaricié su hocico y su lomo. Lo toqué tratando de percibir algún signo de vida pero solo escuchaba mi propia respiración que se trasformó rápidamente en llanto. Vi que un hilito de sangre salía de su boca y no quise quedarme más para no agravar aún más la imagen final.

Al llegar a casa estaba lleno de tierra y tuve que contarle a mi esposa y mis hijos. La que más lloró fue mi hija pero yo la abracé y lloré con ella. Estuvimos abrazados dos horas en el medio del llanto. Le pedí perdón por no haberlo cuidado lo suficiente. Reconocí mi responsabilidad sobre el animal al sacarlo a pasear. Mi hija, totalmente desconsolada, dijo que yo no tenía la culpa.

Ese día continué hundido entre la tristeza contenida y el llanto convulsivo. Tenía los ojos hinchado y dolor de cabeza. A cada rato se me repetía la imagen de su última corrida y el choque del auto. La repetición de esa escena me producía el mismo efecto que si alguien me estuviera estrujando el corazón. Pensé que después de pasar la noche y dormir al otro día podría sobrellevar mejor la desgracia.

Un poco, solo un poco la noche me alejó de aquel pozo estancado que fue aquel sábado nefasto. Por una razón o por otra, a cada rato recordaba al perrito.

El lunes en la oficina conté mi infortunio a compañeros de la oficina y no pude contener las lágrimas. Algunos de ellos pensaron que yo estaba exagerando pero realmente lo sentía de corazón. De alguna extraña y embrujada manera el auto se había llevado a mi perro, y gran parte de mi espíritu.

Fueron días de gran actividad en la oficina y durante esas horas tenía menos tiempo de pensar en mi amigo. Pero a la tarde cuando regresaba a casa el dolor también volvía. Y a la noche, ya en la cama la cosa se ponía aún peor. No podía conciliar el sueño. Llegué a pensar que quizá no lo había dejado muerto en aquel campo, que quizá lo había dejado apenas herido o desmayado y que tal vez al despertar de su desmayo el perro iba a reaccionar y levantarse pero yo no iba a estar allí para auxiliarlo. Que entonces sufriría de frío y hambre otra vez como cuando era un cachorrito. Este pensamiento comenzó a producirme otras nuevas heridas en mi corazón ya a esta altura demasiado dolorido. Me dije a mí mismo que eso era imposible, que lo había visto muerto con total seguridad. Pero una desconfianza creciente hizo que esa idea continuara con los días.

El día martes y el día miércoles las lágrimas fueron mermando, pero no porque la tristeza fuera declinando.

Más bien sentía que mis ojos ya estaban secos. Que sería cada vez menos posible derramar una lágrima más.

No podía entender la situación. Llegué a pensar que una situación así no le había sucedido a nadie en el mundo. Que esto era algo inusitado. Una amiga llegó a sugerirme que mi tristeza se me pasaría con otro perrito. No le dije con franqueza lo terriblemente estúpido que me parecía la idea. Es que realmente me di cuenta de lo especial que era este perro. Que sería imposible encontrar entre millones de perros uno igual a aquel. Quizá alguno se pareciera en lo leal, en alguna mirada, o en el color del pelaje, pero no en todas esas cosas juntas. Me dije que Dios era un mago impiadoso que producía organismos vivos originales y diferentes cada vez que nacía un ser, pero que era esa absoluta unicidad la que podría atormentar a alguien que se encariñara con una de sus criaturas.

Me dije que tal vez cada ser vivo que existe es un ser espiritual, una conexión única con el amor en estado puro.

Llegué a pensar en la clonación y en hacer averiguaciones por Internet para saber si acaso la operación estuviera a mi alcance.

Siglos atrás grandes faraones y otros emperadores, al morir, se hacían enterrar con sus mascotas. Yo parecía desear algo inverso, ser enterrado al morir el perro.

Parece ser que este pequeño animalito llevaba una carga espiritual inusitada o, al menos, conmovió mi alma de una manera superior.

El día Jueves al salir terriblemente cansado de la oficina iba de regreso a casa, conduciendo y pensando que quizá ese era el momento de ir a buscarlo. Al campo donde lo dejé y despejar la duda de noches anteriores. Eran la seis y media de una tarde de invierno y ya el sol estaba tapado entre las montañas. Sería un terrible error ir a buscar un lugar como aquel, de noche, sobre todo porque no sabía mucho ni cómo se llamaba. A último momento enderecé para mi casa.

Durante esa noche me volvía a preguntar si acaso el perro no estaría pasando otra noche de frío por mi holgazanería.

El viernes salí de la oficina temprano. En realidad tenía que hacer cosas, pero me dije que si no lo hacía ahora sería nunca.

Sabía que era una locura pero ya estaba en la ruta. La parte racional que aún anidaba en mi cerebro advertía a la otra parte absolutamente controlada por la obsesión, que si hacía este viaje luego debía ya poner fin a este duelo tan intenso. La otra parte, la parte desquiciada de mi intelecto le aseguraba que así sería.

Fue mi compañero de largos paseos pero siempre me contagió con su afecto y felicidad. Sería, de ahora en más, un compañero eterno.

Mientras me dirigía a ese lugar lejano y difuso pensaba en la posibilidad infinitesimal de encontrarlo vivo. Pensaba que mientras el viaje durara, aunque la posibilidad era pequeña, no era nula, de tal manera que estaba muerto y vivo a la vez. Al menos para mí estaba vivo mientras corría veloz por la autopista a ese lugar que ni siquiera estaba seguro de volver a encontrar porque yo me había asegurado de que fuera en el medio del desierto lejos de cualquier vivienda, no en un basural, en un lugar abierto. Al menos ahora era poco más del mediodía. Tendría luz para buscarlo.

Extrañamente me pareció más corto el viaje ahora que aquel fatídico sábado. Quizá me pareció más largo el viaje aquella vez porque observaba cada lugar solitario con más minuciosidad para saber si era el lugar apropiado. Ahora, en cambio, solo buscaba un cartel que decía Desvío por Vera, era lo único que recordaba con alguna precisión. Llevar la radio apagada no era mi costumbre pero era mi deseo solo concentrarme en mi deseo de volver a verlo. Vivo o muerto. Ver su pelaje negro y amarillo. Una vez. Tan solo una vez más.

Llegué al lugar que supuse sería la calle perdida que había elegido aquella vez. Me interné por esa calle de tierra. Un cartel anunciaba demasiado convenientemente Calle del Cementerio. Me pareció increíble la casualidad. Pero no había visto tal cartel el sábado anterior. Avancé un par de kilómetros tratando de reconocer el lugar. Era parecido pero no parecía ser el mismo. Un par de niños pobres, sucios y mocosos me miraban pasar con perplejidad. Finalmente descarté esa calle y retomé la ruta buscando más adelante. Al poco de avanzar reconocí un detalle olvidado: un cartel intimidante con el dibujo de un rifle señalando que quizá una visita no sería muy bienvenida en ese campo. Recordé haber visto ese cartel el día del accidente. Sabía que estaba cerca y avancé. Mirando siempre hacia mi izquierda tratando de ubicar el lugar. De pronto vi más adelante un perro en el medio del camino. Estaba comiendo algo. Tenía el tamaño de Lío. El tamaño, la forma y hasta el color. Parecía estar viviendo una suerte de extraña broma irónica. Era una hembra en realidad y estaba mordisqueando un hueso. Por un segundo algo en mi pensó que quizá el milagro había sido posible. El animal se molestó y se alejó lentamente. Su parecido era tan increíble que de no haber sido por sus tetas habría detenido el auto y me habría bajado a verificar. Seguí buscando el lugar que quizá estaría señalado por la manta blanca y el trapo rojo que cubrían a mi perro. Se me seguían atravesando en el camino varios perros más, todos parecían como enojados con mi presencia, pero ninguno ladraba, solo percibía su disgusto. Llegué a una encrucijada que supe inmediatamente que no había pasado aquella vez y tuve que regresar. Por fin, esta vez mirando hacia mi derecha avisté un lugar muy parecido, detuve el auto y el motor y me bajé. Me arrimé a un matorral esperando encontrar el cuerpo o los trapos pero seguía sin aparecer. Camine un rato cerca de ese sitio llenándome los zapatos de tierra. Llegué a mirar detrás de otro arbusto y ahí estaba.

La mantita blanca envolviendo el pequeño cuerpo de mi perrito. No había olor. Me acerqué y lo desenvolví. Estaba tal cual lo deje yo. El frío habría evitado la descomposición pensé. Solo un par de sucias moscas agregaban un detalle de muerte. Lo levanté tirando de los trapos. Estaba rígido. Lo tomé de una pata trasera y parecía como si estuviera dormido.

Me quedé ahí un rato pensando a su lado. Pidiéndole perdón y dando mi despedida final. Supe que así de irreversible sería mi muerte, que esto solo era un anticipo de mi propio final en un día, quién sabe si lejano. Regresé al auto y me puse en marcha de regreso.

Cuando me alejaba del lugar uno de los perros movía su cola como satisfecho por el resultado de la visita.

Enfilé mi auto por la ruta habiendo cumplido con un último e irracional deseo. Encendí la radio y traté de repetirme mentalmente que era solo un perro. Era solo un perro. Y que yo era solo otro ser humano con una vida tan vulnerable como la de él. Y que no existían los milagros. Y que esto había sido otra muerte más. Y que había que seguir viviendo.